

## Comentarios

El enfoque general de los artículos ante la cuestión religiosa se ciñe de una manera muy particular a las características políticas del cristianismo latinoamericano, indicando, por ejemplo, el eco social que adquieren las CEBs o las influencias ideológicas de las jerarquías católicas en el continente.

El empleo de la noción «teología de la liberación» por estos autores, a mi modo de ver, está sujeto de un modo frecuente a una comprensión sociopolítica del hecho «liberador», evitando (o ignorando) el trasfondo espiritual, pneumatológico, que late en el conjunto de formulaciones teológicas liberadoras; trasfondo que incide en las masas pobres y creyentes de América Latina en la oración, en la liturgia, en su esperanza creyente.

En este sentido creemos que resulta esquemático señalar a la TL como «teología radical», como se hace en más de un artículo, no obstante la riqueza política que adquiere esta denominación en un análisis ideológico, como el pensado por Demenchnok, Popov y Raduguin.

Sin embargo la acentuación de esta característica sociopolítica de la TL por estos autores constituye, paradójicamente, un aporte concreto pues gracias a ellos detectamos cómo es percibida la lucha política que despierta el tema en la Iglesia. En lugar de trabajos sobre TL por teólogos «centristas» que todo lo matizan en la Iglesia por concesiones «espirituales», aquí, en estos artículos, encontramos al desnudo enfoques ciertamente realistas acerca de cómo se juegan intereses eclesiales.

El trabajo de Andrónova destaca con claridad el papel de las CEBs en partes de AL penetrando en cierto modo en conflictos intraeclesiales, pero creemos que reiterando en su lenguaje el «progresismo» cristiano frente al «conservadurismo» quedan en penumbras los «moderados» que a veces tienen tantas cosas que decidir en la Iglesia de América Latina. Todo ello sin embargo no impide percibir con claridad el papel político de las CEBs que quiere señalar Andrónova.

El cambio y la transformación que vive el cristianismo latinoamericano actualmente es en cierto modo «radiografiado» por estos distintos autores de la revista «América Latina», pero en esta observación queda en un segundo plano una determinada cuestión, quizás «espiritual» o «ideológica» para estos autores, pero que realmente interpela a las masas pobres y creyentes de América Latina: la constatación popular de que a pesar del dolor y el sufrimiento el Señor está con ellos actuando en la historia. Gracias a este juicio se viven con esperanzas las transformaciones del cristianismo latinoamericano pues muchas cosas lo amenazan. La ausencia de este criterio teológico en estos trabajos —junto a un silencio que incluso impide sospechar su presencia— reduce la perspectiva cristiana global que tanto interés despierta a los autores, quedando así en los artículos un perfil estrictamente sociopolítico de la Iglesia y la religión en América Latina. Con todo, los artículos C y E parece que quieren penetrar en esta cuestión, pero afirmando, por ejemplo, el propio Demenchnok que el criterio definitivamente liberador se encuentra en la «doctrina filosófica del marxismo».

Popov y Raduguin por su parte nos ofrecen ojos nuevos para observar cómo son los conflictos desatados en AL para mantener una determinada hegemonía en el pensamiento católico latinoamericano. Desde ópticas ajenas a la Iglesia resulta sano y realista

plantear de cara a la opinión pública cristiana el desenvolvimiento y las tendencias que cobran cuerpo en Latinoamérica en el interior de la Iglesia. Esto sin duda permite a interlocutores e investigadores interesados por el problema contrastar o introducir criterios nuevos en análisis pastorales, eclesiales o episcopales. En este sentido el artículo de Vuskovic ofrece una cuestión ilustrativa: en realidad escribe y comenta cuestiones político-eclesiales de Chile que la Iglesia sin duda puede suscribir pero probablemente con lenguajes y vocabularios más «moderados» quizá tibios y centristas. Se encuentra de este modo un conflicto de interpretaciones en la relación cristianismo/marxismo a partir del mundo político chileno que es deseable debatir pronto en honor a esa eticidad de la que habla el autor.

En suma, estimamos muy importante que la revista *América Latina* conceda espacios a trabajos y estudios relativos al cristianismo latinoamericano. Pocos procesos sociales que ocurren ahí pueden ignorar el factor religioso existente. Sin embargo es deseable por parte de la revista una mayor penetración en los contenidos teóricos de la TL cuando se escriba sobre ella (así como se requiere una teología que conozca realmente el marxismo). Es decir, intentar percibir en qué consiste la riqueza religiosa de esta teología una vez cambiado el enfoque de su reflexión e interpelado este cristianismo latinoamericano por la realidad. La teología es un pensamiento cultivado por siglos sin raíces en los aspectos sociales del mundo popular, pero ahora comienza a brotar algo nuevo por la TL. Y los artículos comentados aquí algo de ello nos dicen.

Mario Boero

## El cine poco conocido en algunos países iberoamericanos

En notas anteriores hemos tratado de dar un panorama del cine iberoamericano país por país, comenzando por los tres que poseen una tradición fílmica e industrias más arraigadas: Argentina, Brasil y México. No por casualidad se trata de los tres «grandes», los que poseen mayor población, territorio y potencialidades económicas, aunque actualmente sumidas en profundas crisis, que afectan obviamente al desarrollo de sus cinematografías. También nos hemos referido a Chile y Cuba, dos naciones sin mayor pasado fílmico puro que por diversas razones (un breve florecimiento de autores inde-

pendientes en el caso chileno, que ha tenido continuación en el exilio) y la organización de un cine estatal de aliento revolucionario en el ámbito cubano, produjeron obras significativas y con interesantes reflejos culturales.

Ahora conviene completar esta visión continental con estudios de la actividad en países con características muy distintas —como la propia estructuración del mosaico de estas repúblicas, hermanas en su origen y tan distanciadas en su comunicación cultural lo determinan— que, sin embargo, permiten vislumbrar líneas de pensamiento y coyunturas problemáticas bastante afines. Quizá, podría adelantarse, este denominador común sería la dificultad en producir el desarrollo de cinematografías nacionales frente al peso enorme de un sistema de espectáculo dominado por organizaciones transnacionales de tal poderío económico que dictan sus leyes en cada mercado interior. No es algo desconocido que el cine norteamericano, por ejemplo, domina las pantallas del continente en una proporción que oscila entre el cuarenta por ciento (en los casos más favorables) y el 90 por ciento.

En fechas recientes, el desarrollo de otros medios de imagen electrónica —la televisión, el video, el cable— han complicado la situación y, al mismo tiempo, han desarrollado otras vías para forjar una expresión independiente. Un ejemplo es el auge del video en países con escasa infraestructura cinematográfica o con dificultades políticas de expresión, como en Chile.

La incomunicación y la carencia de políticas comunes para defender el «espacio cinematográfico» (hoy ya habría que hablar de espacio audiovisual en los diferentes medios), no han dado la expansión necesaria a este continente rico en posibilidades creativas. Las diferencias entre el desarrollo socioeconómico e industrial, los conflictos políticos de diverso género que azotan endémicamente a los países de la zona, la falta de visión de los poderes dominantes y —muchas veces— la insuficiencia de los propios productores y cineastas, agravan las dificultades para una nueva cinematografía, lo cual facilita la colonización cultural. «Ciertamente —escribió Octavio Getino<sup>1</sup> hasta hoy han fracasado las actividades de los sectores puramente *industrialistas* (y la ideología lucrativa que sostienen como justificativo de sus acciones) y la de aquellos que enfatizaron en el *ideologismo*, reduciendo en la práctica su preocupación industrial y comercial a términos también ideales».

La situación no ha cambiado en la década transcurrida, aunque cuando jugaron conjuntamente ciertos factores de creación original, habilidad en la aventura de producir y ciertas coyunturas externas, los resultados fueron parcialmente notables: la aventura del *cinema novo* brasileño, el cine chileno de los años 70 hasta la caída de Allende, la peculiar producción individual de los bolivianos Jorge Sanjinés y Antonio Eguino, o la reciente expansión del cine venezolano. Pero hay que advertir que sólo este último ha logrado un éxito amplio de público en conjunto. Parciales multitudes vernáculas apoyaron los films de Sanjinés o algunas películas peruanas. Pero rara vez las películas de estos países han trascendido las fronteras, salvo en los festivales.

<sup>1</sup> O. Getino: Cine y dependencia. Lima, 1978.